

# COMENTARIOS

## A UNOS 'COMENTARIOS,'

En la sección titulada «Comentarios» de este mismo diario, y en la correspondiente al último sábado 23 de noviembre, se planteaba muy bien la cuestión del llamado regionalismo, o de los nacionalismos que están surgiendo en España, a falta de un nacionalismo español y colectivo, federal si se quiere.

El autor de aquellos «Comentarios» escribía con gran acierto:

«La forma de las autonomías en las Democracias se llama «Federación», no Regionalismo, y tiene por base los «De rechos del hombre y del ciudadano», la autonomía individual, de la que son consecuencia lógica las demás.»

Y precisamente en el día mismo en que leíamos estas líneas leíamos también unas del diario nacionalista vasco, de nuestro pueblo natal, de Bilbao, es decir, de «Euzkadi» — voz que en una jerga a base de vascuñe quiere decir «arboleda de euzkos» o vascos — que los nacionalistas vascos, ateniéndose a las proposiciones LXXVII, LXXVIII y LXXIX del «Syllabus» de Pío IX, rechazan la libertad de conciencia y la de cultos y la de imprenta.

Eso que llaman en ciertas regiones nacionalismo, y por lo menos el de la región de que es originario el que estas líneas traza, no es más que la última y más solapada forma de la reacción antiinternacional, del bárbaro particularismo troglodítico — no ya medieval siquiera — que tiende a disgregar a los pueblos y a mantener a las clases jornaleras en aislamiento efectivo, so color de autonomía.

Esa tan cacareada autonomía, que no es la democrática, la federativa, puede convertirse y se convertirá en un arma de las respectivas burguesías regionales contra las respectivas clases proletarias que las sostienen. Ya se verá cómo luego cada una de esas regiones autónomas, si obtienen esa autonomía que piden y no la la otra, regatean a los Municipios su autonomía municipal.

Lo que ante todo hay que fijar no es lo que a esas regiones o naciones, si se quiere — jamás discutiremos denominación de más o de menos — ha de distinguirlas y separarlas, sino la que ha de asimilarlas y unir las, y además qué tutela ha de ejercer la nación federativa, o el Estado, sobre cada una de ellas, para proteger a los ciudadanos contra posibles y hasta muy probables demasías de los poderes regionales. Que así como la Unión Norteamericana tuvo que impedir por las armas que los Estados del Sur siguiesen manteniendo la esclavitud, así la Unión española tendrá que impedir ciertas esclavitudes. Para seguir esclavizando quisieron separarse los Estados del Sur de la Unión Norteamericana; separatista fué sinónimo de esclavitud, y unionista lo fué de antiesclavista. Y hoy en Irlanda son unionistas los ulsterianos que no se re-

signan a que la masa católica irlandesa llegue a oprimir la libertad religiosa de los protestantes y de los «crédulos» o les obligue a sufragar un culto que no profesan. ¡Y buena saldría nuestra Vizcaya bajo el dominio, no enfrenado e intervenido, de esos desatentados nacionalistas vascos del «Syllabus»!

Y hay otro aspecto. No basta que las distintas naciones — pasemos por la palabra, repito, — en que se despedace España contribuyan a los gastos comunes, federativos; la justicia exige más. Y lo exige la historia. Es injusto e inhumano abandonar a sus recursos a las regiones, o naciones, más pobres y más atrasadas. Cada región, cada distrito, cada ciudad, cada aldea, debe dar según su capacidad, y debe recibir según su necesidad. Es un principio disolvente ese de que cada comunidad — región, provincia, distrito, ciudad, etcétera — debe recibir en proporción que contribuye. No; el que tiene más debe dar más para recibir menos, y el que tiene menos debe dar menos para recibir más. Y esto en bien mismo, a la larga, del más rico.

Se nos dirá que esto sería tanto como convertir las regiones más pobres y atrasadas en algo así como colonias de las más adelantadas y ricas. Y algo así es en realidad. Sólo que el coloniatje no implica una posición de inferioridad y menos de sumisión. Y quién sabe si esas regiones más pobres y más atrasadas no lo son por culpa de las más adelantadas y ricas.

El autor de los «Comentarios» que aquí comentamos nos hablaba de si acaso los estridores de Galicia y las Provincias Vascongadas no obedecían en realidad a una maniobra de la Lliga Regionalista de Barcelona, «que ha prodigado y prodiga el oro a manos llenas para producir cierta clase de perturbaciones que faciliten sus planes de convertir Cataluña en la Prusia de España para dominarla y explotarla, no en un Piemonte español, para libertarla del yugo centralista y de otros yugos aun peores».

O algo peor acaso. Porque si Cataluña tratase de convertirse en una Prusia de España — lo que no nos parecería mal, y hasta hemos predicado hace años ya, ese imperialismo a los catalanes — acaso el resto de España despertara. Creemos en la eficacia de estas rivalidades internas. Lo peor sería que Cataluña se desinteresase del porvenir de España, y que privando — con más o menos acierto — el naufragio de ésta quisiese salvarse sola. Y esto sería lo peor para ella, porque así no se habría de salvar. O se salva con España toda, o se hunde con toda ella. Siglos de comunidad política y social han creado un vínculo que hace depender su suerte, quíéralo o no, de la suerte común de la nación española.

Nos tememos que en Cataluña misma, fuera de los que aspiran a administrar y regir esa autonomía, los demás, los que han de ser regidos y administrados, no saben bien en qué consiste ella. Les suena a cosa de majestad o «mavoridad» y les hasta. Les parece una condecoración colectiva.

Miguel de UNAMUNO.